



Madrid 16 de Julio de 1861.

SUMARIO ARTICULOS.—Deberes sociales al alcance de los niños, por don Cayetano Vidal y de Valenciano.—La Gratitude [poesía], por doña Vicenta Diaz de Lamarque.—Zemira y Azor, por Fernan Caballero.— Aventuras de un millonario, por don E. Hernandez.—El anciano y el niño, por doña Joaquina Garcia Balmaseda.—Galeria de Hombres célebres.— Historia natural: La perdiz, por B.—El Pastor.

GRABADOS. La corona de oro.—El anciano y el niño.—Perdices.

DEBERES SOCIALES AL ALCANCE DE LOS NIÑOS.

IV.

Eleccion de carrera.—Amor á la ciencia.

SIEPRE debe el hombre proceder con prudencia y reflexion antes de decidirse á la realizacion de un proyecto; pero en ningun caso son tan necesarias esas condiciones, como cuando se trata de tomar una carrera. Dios prohíbe á los padres que violenten en este particular las inclinaciones de sus hijos, y esto indica claramente que el Señor desea que

Tomo II.

en esto se guien por los sentimientos de su corazon.

Cuando veas, pues, llegado el momento de decidirte para emprender una carrera, reclama del Señor toda su proteccion y auxilio, para que iluminando tu entendimiento puedas con mas seguridad dedicarte á la que te merezca especial predileccion. Consulta á tus padres y á aquellas personas que desinteresadamente puedan aconsejarte; pesa con detenimiento y calma las razones que aleguen en pro y en contra de unas y otras; y si despues de haberlo meditado con madurez por espacio de dias, semanas y hasta meses, tu corazon no ha vacilado, si no se han disminuido las simpatías que hácia tal ó cual abrigabas, empréndela con amor y entu-

Núm. 27.

siasmo, seguro de que no sintiéndote desfallecer, por muchos que sean los obstáculos que se presenten, podrás llegar al fin de ella, triunfante y vencedor.

Por ningún estilo debes prescindir del examen de conciencia, digámoslo así, de que acabo de hablarte. Considera que de la resolución que adoptes depende tu porvenir, y que tus deberes todos deben llenarse dentro de la esfera de la ciencia ó estado que adoptes. Lo mismo sirve el hombre á Dios y á la sociedad, defendiendo por ejemplo, á la inocencia perseguida, ó batiéndose en los campos de batalla por el honor de la patria, que proporcionando á sus semejantes los productos de la industria y la agricultura. Lo que debe desear, en el estado ó profesion que ejerza, es llegar á la perfección; poder decir, desempeño mi ministerio con todas las condiciones que son propias del hombre honrado.

Si tu vocación te llama á abrazar una carrera literaria, y la fortuna de tus padres te permite emprenderla y seguirla, hízlo con decidida fé y entusiasmo; no te detengan los principios por dificultosos que se presenten, pues con voluntad y perseverancia, se vencen las más árdidas dificultades. A más de que: ningún mérito hay en vencer una cosa fácil y asequible; cuanto más inconvenientes presenta, cuanto más se ha de luchar, tanto mayor es la victoria.

Pero si con tu celo, aplicación y perseverancia llegas á dominar la ciencia, no debes estar por ello orgulloso, pues has de tener presente que si Dios no te hubiese concedido el talento y disposiciones necesarias para ello, tus esfuerzos todos habrían sido inútiles para alcanzarlo. Tu saber te honrará si sabes emplearlo dignamente y lucirlo con modestia; pero si te empeñas en ostentarlo te pondrá en ridículo y te acarreará la animadversión. Sirvete de él para desvanecer los errores en que estén los que no han tenido medios para dedicarse á los estudios; con ello llenas una obra de misericordia, y te haces digno á los ojos del Señor.

Es achaque por desgracia muy frecuente en cierta clase de personas, creerse aptos para

hablar de todo, solamente porque, merced á mal dirigidas lecturas, han adquirido cierta tinctura de tal ó cual ciencia. Y como á su ignorancia reúnen una extraordinaria dosis de poca aprensión, hablan con tal aplomo y seguridad, que el pobre é ignorante grupo que las rodea, ansioso de saber, las venera como á oráculos, sigue por lo tanto ciegamente sus consejos y advertencias, y sometiéndose á su juicio, dá por bueno ó malo lo que ellos declaran tal, aun cuando en sus decisiones se equivoquen del modo más grosero. Semejantes *sábios* son por demás perjudiciales á la sociedad; para no caer, pues, en este escollo, debes procurar profundizar en la ciencia todo cuanto sea posible. Para ello no debes contentarte con saber lo que los demás, aspira á conseguir algún adelanto, á progresar en la ciencia, dedicándote al efecto á la lectura y estudio de aquellas obras que más conocimientos puedan proporcionarte. Semejante ejercicio, á la par que elevará tu inteligencia, proporcionándote á la par honesto y provechoso pasatiempo, te dará cierta autoridad que indudablemente podrá servirte cuando quieras que por medio de tu ejemplo se dediquen los demás á la virtud.

La vida del hombre es muy corta para que pueda conocer todas las ciencias; debes, pues, limitarte á las que tengan más directa relación con tu carrera, satisfaciéndote respecto de las demás con aquellos conocimientos indispensables á una persona bien educada. Nunca quieras pasar plaza de *sábio* en aquello que no sabes; tu vanidad y jactancioso orgullo, sería desde luego descubierto, y el vulgo, que no se para en establecer diferencias, te creería tan negado en lo que supieras, como en aquello en que te hubiese sorprendido en error.

También debes evitar que tu amor á la ciencia que profeses degenere en ridículo exclusivismo. Ya te he dicho que en todos los estudios y profesiones se puede igualmente servir á Dios y á la sociedad, por consiguiente, tan digno es el sacerdote, salvando con sus oraciones al alma inmortal, como el médico que busca remedios á los paráliticos miembros que ha de consumir la tierra. A más de que las ciencias

no se escluyen unas á las otras: no porque el matemático encanezca en la resolucion de los mas árduos problemas de la naturaleza se halla falta de espíritu y sentimiento para estasiarse ante las infinitas bellezas de la creacion; ni porque el artista, el poeta y el filósofo vivan en las mas elevadas regiones del espíritu han de ser insensibles á los afectos y sentimientos humanos.

Si al llegar el término de tu vida, y al mirar á tu pasado, ves que tu saber ha proporcionado un solo momento de felicidad, entonces puedes enorgullecerte de haber emprendido aquella carrera, y debes dar gracias á Dios que con sus luces te guió en la eleccion.

CAYETANO VIDAL Y DE VALENCIANO.

LA GRATITUD.

Bajo la gigante acacia
Álzate, amorosa yedra,
Y hasta sus ramos erguidos
Tus frescos tallos eleva.

No á su lado te intimides
Si osados los euros vuelan,
Que su altivo firme tronco
Será tu amparo y defensa.

Ni á las ardientes miradas
Del sol en verano temas,
Que fresco dosel sus hojas
Te dan por librarte de ellas.

¿No ves, no ves cual parece
Que inclinada te contempla,
Que apacible te saluda,
Que cariñosa te espera?

Llega, sus dulces halagos,
Su grato refugio acepta,
Y bajo su fresca sombra
Crece pomposa y bella.

Mas si al llegar el otoño,
Del Aquilon la violencia
A tu amante protectora
Humilla con saña fiera;

Si pálidas y sin brillo
Caen sus hojas en la tierra;
No entonces abandonada
De tí con desden se vea.

¡Ah! no; ya verte imagino
Que con mas amor la estrechas
Viéndola desposeida
De su mágica belleza.

Tus frescas guirnaldas cubran
Sus desnudas ramas secas,
Y por tí con nuevo encanto
Se mostrará placentera.

Así pues de su cariño
Pagando la noble deuda
Ambas vivireis dichosas.
¡Gratitud, bendita seas!

ANTONIA DIAZ DE LAMARQUE.

ZEMIRA Y AZOR.

Voy, niños míos, á contar á Vds. y á quien lo quiera oír un cuento.—Es tan generalmente conocido y de tanto agrado, que ha servido de argumento á una linda ópera que en tiempos muy lejanos tuvo gran aceptacion en el público.—Pero no es tanto lo bonito de la fábula que me impele á que os lo cuente, sino lo esquisito de la moral que de él se deduce.

La moral tiene, digámoslo así, su parte de primera y de segunda enseñanza; esto es, su parte mas clara, comprensible y conocida, que es como la cartilla, y su parte mas elevada, mas delicada, que componen los *trozos escogidos*, que despues de saber leer saboreais con vuestra ya comprensiva inteligencia.

Vamos á ver si despues de leído el prometido cuento, la halla vuestro buen sentido antes que os la esplane yo.

Habia una vez un padre que tenia tres hijas. Ofreciósele tener que ir á una feria por sus negocios, y antes de partir preguntó el buen padre á sus hijas qué era lo que deseaba cada cual que le trajese de la feria.

La hija mayor, que era muy vana, y por consiguiente muy tonta é inconsiderada, contestó que queria un vestido de oro. La segunda, arrastrada por el mal ejemplo, deseó uno de plata, y la mas chica, que era buena y modesta, pidió á su padre, abrazándole, que volviese pronto y la trajese una rosa.

El padre fué á la feria, compró los dos costosos vestidos, pero por su misma insignificancia olvidó el encargo de la flor.—Esto es casi siempre la suerte de las cosas modestas, el ser desatendidas y pasadas por alto; pero esto no

debe ser un motivo, niños míos, para que dejéis de ser siempre y en todas cosas modestos; si lo que es modesto contase con lauros, atenciones y preeminencias, dejaría de serlo, y solo sería disfrazada vanidad.

Regresaba el padre montado en su caballo atravesando una espesa selva, cuando recordó el encargo de su hija la menor, sintiendo hondamente haberlo echado en olvido. Pobrecita mía! pensaba, solo una rosa me pidió y esa me se ha olvidado traérsela!

Discurriendo así, acertó á pasar por delante de un magnífico jardín, que se hallaba colocado en aquella espesa selva como en una fortaleza. En él se veían florecer solitarias muchas hermosas flores como monjitas en su convento, sobresaliendo entre ellas una rosa de extraordinaria belleza. La reja que cerraba el jardín estaba abierta, y el padre, enagenado por la vista de aquella flor que tanto deseaba, entró para rogar al dueño del jardín que se la vendiese ó regalase; pero fué en vano, que le buscó y llamó, nadie contestó á sus voces ni se dejó ver; por manera que deseando complacer á su hija, se acercó al rosal y cortó la rosa.— Pero apenas habia hecho esta fea acción, que no disculpaba ni aun su amor de padre, cuando se apareció un oso terrible, el que le reconvinó ásperamente por ella, y le dijo que no le soltaria de su poder ni se daría por satisfecho si no le prometía traerle en su lugar á una de sus hijas, prometiéndole tratarla bien y que de nada carecería á su lado.—El pobre hombre prometió lo que exigía su formidable contrario, y se alejó de allí con el corazón traspasado.

Fácil es imaginarse la alegría que sentirían sus hijas, que eran tan vanas, al ver los hermosos regalos que les traía su padre, lo que las absorbió en términos, que solo la menor, que se llamaba Zemira, notó la tristeza que abrumaba á su padre, y le preguntó la causa.

Entonces éste contó á sus hijas cuanto le habia pasado, y que para cumplir su palabra tenia que llevar á una de ellas á la mansión del oso, que habia prometido tratarla bien y con cariño, ó restituirse allí él mismo como prisionero.

Sus dos hijas mayores dijeron que antes las harían pedazos que consintiesen en ponerse en poder de un oso, por bueno que fuese; pero la más chica dijo que antes de consentir en que fuese su padre prisionero iría ella gustosa, tanto más cuanto que por traerle la rosa que le pidió habia acaecido su desgracia: al día siguiente partió el afligido padre con su hija.

Atravesaron el bosque y llegaron al jardín, cuya verja estaba como anteriormente abierta; no hallaron á nadie, y cuando se ausentó su padre, se encontró la pobre Zemira sola y abandonada en aquel desconocido lugar.—Pero Zemira, en lugar de aumentar la tristeza de su situación con extremos de desconsuelo, trató de tranquilizarse, recordando que habia prometido el oso á su padre que ningún daño recibiría y que sería dueña de aquel vergel.

Nada vió Zemira allí sino las flores, que al pasar ante ellas parecían inclinarse cortesmente para saludarla; nada oyó sino el suave soplo de las auras y el dulce canto de los pájaros que parecían darle la bienvenida; al acercarse la noche entró en el palacio á que pertenecía el jardín, en el que halló una cena servida y una linda habitación preparada para ella. Cenó, pues, y se acostó, aunque siempre un poco temerosa; pero sin razón, porque habiéndose quedado dormida, su sueño no fué interrumpido hasta que dos cosas muy alegres lo hicieron simultáneamente, y fueron un rayo de sol que llegó á sus párpados, y el canto de los pájaros que llegó á sus oídos.

Vistióse de prisa, pero con primor, y bajó al jardín, donde pasó ese y otros varios días gozando con la mayor paz y sosiego de las variadas bellezas de aquel lugar tan ameno.

Pasado algún tiempo, como se hallaba tan sola, y que con nadie podía hablar, exclamó dirigiéndose á los pájaros: ah! si yo fuese tan dichosa como vosotros, y tuviese cual vosotros con quien hablar en mi idioma!

—Tampoco eso te faltará si lo deseas, dijo una voz suave y grave.

Zemira volvió la cabeza, y vió á poca distancia, medio escondido entre las matas, al oso de que le habia hablado su padre. Su primer

impulso fué huir, pero recordando que habia prometido no hacerla daño, y considerando la manera delicada con que habia sido obsequiada por su huésped, se detuvo y permaneció sentada, pero sin poder disimular el temor y repulsa que sentia.

El pobre oso le dijo entonces con tristeza: me retiro porque veo que mi presencia te desagrada, y deseo, ante todo, que en estos parajes solo halles agrado.

Al dia siguiente el oso no se presentó; Zemira se alegró de ello, pero al dia tercero, como no le viese tampoco, Zemira se dijo: pobrecito! porque su vista me desagrada se priva de disfrutar de su hermoso jardin! qué desagrada he sido con él! ¿qué importa que sea feo si es bueno? Si supiera su nombre le llamaria.

—Me llamo Azor, respondió una voz que salia de entre la enramada; te veo, te escucho, y no te pierdo de vista; pero me sustraigo á tus ojos puesto que te causo repulsa.

Poco á poco fuese haciendo tan dulce y tan necesario á Zemira el trato con el buen oso, que no se hallaba contenta sino en su compañía.

—¿Te hallas feliz? le preguntó un dia Azor, que hacia todo lo posible para que lo fuese.

—Sí, contestó Zemira, y solo una cosa deseo.

—Cuál es esa? preguntó Azor.

—El ver á mi padre y hermanas, repuso Zemira.

Azor se puso triste y pensativo, y dijo despues:

—Te contentarás con verlos?

—Sí, exclamó llena de júbilo Zemira.

—Pues esta noche hallarás en tu cuarto, prosiguió el oso, un espejo en que podrás verlos siempre que quieras.

Aquella noche halló Zemira en su cuarto el prometido espejo, en el que vió con indefinible gozo á su padre y hermanas. Estaban estas ocupadas en el arreglo de un vestido de novia que, segun pudo colegir, era destinado á la mayor, á la que un apuesto jóven estaba ofre-

ciendo en aquel instante un aderezo de brillantes como regalo de novia.

(*Se concluirá.*)

FERNAN CABALLERO.

AVENTURAS DE UN MILLONARIO.

I.

EL PRIMER PREMIO.

Nadie ignora el vivo y profundo interés que despierta anualmente la distribucion de los premios del concurso general de los colegios de París. Los laureados, advertidos la víspera de su próximo triunfo, pero que ignoran su puesto entre los vencedores, es decir, el premio que obtendrán, el accésit ó la corona de oro, parecen almas en pena; escusado nos parece añadir que la incertidumbre no afecta menos dolorosamente á sus padres y tutores. Qué dulces sueños forjan aquellos y éstos la noche que precede al dia de la adjudicacion!

Esta verídica historia comienza la mañana del dia de la distribucion de premios del concurso general del año 1854.

Entre la inquieta y palpitante muchedumbre de laureados, que provistos de su entrada, esperan que se abran las macizas puertas de la Sorbona, platicando y discutiendo amistosa, pero acaloradamente, un observador se hubiera fijado en un jóven como de diez y seis á diez y ocho años, cuyo semblante, sombrío y desdeñoso, contrastaba de una manera singular con el de sus compañeros, radiante de alegría y de esperanza.

—Dentro de una hora habremos salido de este estado de incertidumbre y de duda que nos mata, le dijo otro jóven poniéndole la mano en el hombro con cierta familiaridad. Pero me parece eterna... y eso que solo espero un accésit, el último acaso... Y tú, esperas?...

El jóven y sombrío estudiante, encogiéndose de hombros con marcada indiferencia, contestó á su interlocutor:

—Yo no espero nada, ni siquiera pienso en el acto solemne que va á tener lugar, y que

tanto como á tí te afecta desprecio yo. ¿Qué significa ni qué vale un premio académico? Una corona de oro ó un libro mejor ó peor encuadernado, en una palabra, ciento ó cuatrocientos francos... ¿Frunces el entrecejo? Lo siento, pero ¿qué quieres? No es culpa mia que mis ideas difieran de las tuyas como lo blanco de lo negro: tú sueñas con la gloria, yo con la fortuna. ¿Cuál de los dos piensa mas cuerda-mente? El porvenir decidirá.

—Pero tus ideas carecen de sentido comun, Raoul; reflexiona que...

—Hago mas que reflexionar, Eduardo, contestó Raoul; observo. Ahora, dime francamente: ¿cuál es el mas estúpido de nuestros compañeros?

—Alberto Longpré.

—Es verdad.

—¿Cuál el mas rico?

—Alberto Longpré.

—Es verdad. Su padre, célebre manufacturero, es archimillonario.

—¿Cuál tiene mas amigos, cuál arranca mas aplausos, cuando con insoportable énfasis dice una necedad por una gracia, ó un absurdo por un axioma? Alberto Longpré, ¿no es cierto? ¿Y por qué esto? Porque presta dinero á cuantos se lo piden y obsequia á cuantos se acercan á él. Si el dinero vence á la inteligencia, á la instruccion y á la educacion, en una palabra, tengo derecho para concluir y concluyo, que lo que hay que ser en el mundo es rico.

—Pero olvidas, Raoul, que los mismos que adulan á Alberto le satirizan, le escarnecen cuando vuelve las espaldas?

—Él no lo sospecha siquiera, y es dichoso.

Eduardo iba á contestar, cuando vió bajar de un carruaje á su padre, Mr. de Ferrieres, y se adelantó á recibirle.

Mr. de Ferrieres tenia cincuenta años, y gozaba fama de notable abogado. Su fisonomía, á la vez dulce y severa, revelaba bondad y energía al propio tiempo. Obligado y acostumbrado por su profesion á estudiar el corazon humano, hasta en sus mas secretas debilidades, adivinaba con maravillosa facilidad las inclinaciones y los caracteres de los hombres con quie-

nes tenia algun contacto: nada se escapaba á su sagacidad.

Viudo hacia cinco años, habia reconcentrado en su único hijo toda su ternura. Eduardo era digno de ella; franco, cariñoso y de un talento poco comun, habia obtenido en sus estudios notas sobresalientes y triunfos lisonjeros: terminado el último curso se disponia á examinarse para ingresar en la escuela Politécnica.

Raoul de Chavigny, amigo y compañero de carrera de Eduardo, puede decirse que no habia conocido á ninguno de sus parientes, porque á los seis meses perdió á su madre, y á los cuatro años á su padre: solo tenia un tio establecido en América, del que hacia mucho tiempo no tenia noticia. Mr. de Chavigny, médico notable en su época, nombró, al morir, tutor de su hijo á Mr. de Ferrieres, en otro tiempo su condiscípulo y compañero de aventuras y placeres juveniles, y siempre su amigo de confianza. Sábio eminente dejó un gran nombre á su hijo, pero una modesta fortuna, treinta mil francos escasamente. No obstante esta pequeña suma, gracias al empleo que supo darla el probo é inteligente tutor, bastó á cubrir los gastos de la carrera de Raoul, y á asegurarle, para lo sucesivo, una humilde pero decorosa existencia: en la época en que comienza esta historia el jóven huérfano poseia cincuenta mil francos.

Este preámbulo, indispensable para la perfecta inteligencia de lo que haya de seguir, nos permite entrar de lleno en nuestra narracion. No nos detendremos en describir el aspecto solemne y animado del salon de la Sorbona en que se distribuyen los premios el dia del concurso, á que no se desdeñan asistir las mas ilustres notabilidades de las ciencias, de las letras y de las artes, y los mas altos dignatarios de la córte y del Gobierno. A la aparicion de cada personaje célebre, un murmullo de respèto, de admiracion y de curiosidad, conmueve todos los labios y agita todos los corazones: repítense en voz baja y circulan de boca en boca los títulos y las alabanzas, ya del poeta, del soldado y del hacendista que, hijos de la nada, y sin otro apoyo que la inteligencia, han trepado al templo de

la inmortalidad para gloria de su patria. El año á que nos referimos ó en que estamos, más, si es posible, que las reputaciones artísticas, militares y diplomáticas, llamó la atención del público congregado en la Sorbona, una jóven sentada en una de las tribunas de la derecha, en primera fila, y que ciertamente estaba agena de creer que era el blanco predilecto de todas las miradas y de todas las conversaciones.

Esta jóven, que tendria catorce años, se llamaba Gabriela, y era hija del ministro de Negocios extranjeros. Su hermosura, realzada por la modestia de su traje y de sus modales, disculpaba y justificaba el asombro general.

Terminada la lectura de los discursos y los aplausos de ordenanza, todos los pechos se oprimieron y los corazones dejaron de latir: hasta los profesores parecia que participaban de los temores, de las esperanzas, de la ansiedad, en fin, de los parientes

de los laureados; ¿por qué no? El triunfo de un discípulo honra á su maestro, y el de un ciudadano á su patria.

El rector de la Universidad de París se levantó, y con una voz sonora y trémula al mismo tiempo, pronunció el nombre de Eduardo de Ferrieres.

Siguió un aplauso ardiente, entusiasta: roto el vaso el líquido se desbordó.

Eduardo tan lejos estaba de esperar semejante triunfo, que creyóse, por un momento, víctima de una pesadilla; las espontáneas y vivas manifestaciones de júbilo de sus compañeros y de sus amigos le sacaron de su ensimismamiento; palideció, se llevó instintivamente la mano al pecho, como para comprimir los lati-

dos de su corazón, y se dirigió, vacilando, hacia el paraninfo en que iba á ser coronado.

La humildad del jóven laureado al recibir, por una gracia especial, la corona de oro de mano de un mariscal de Francia, amigo de su padre, arrancó nuevos y nutridos aplausos á la muchedumbre. ¿No realza la modestia al talento?

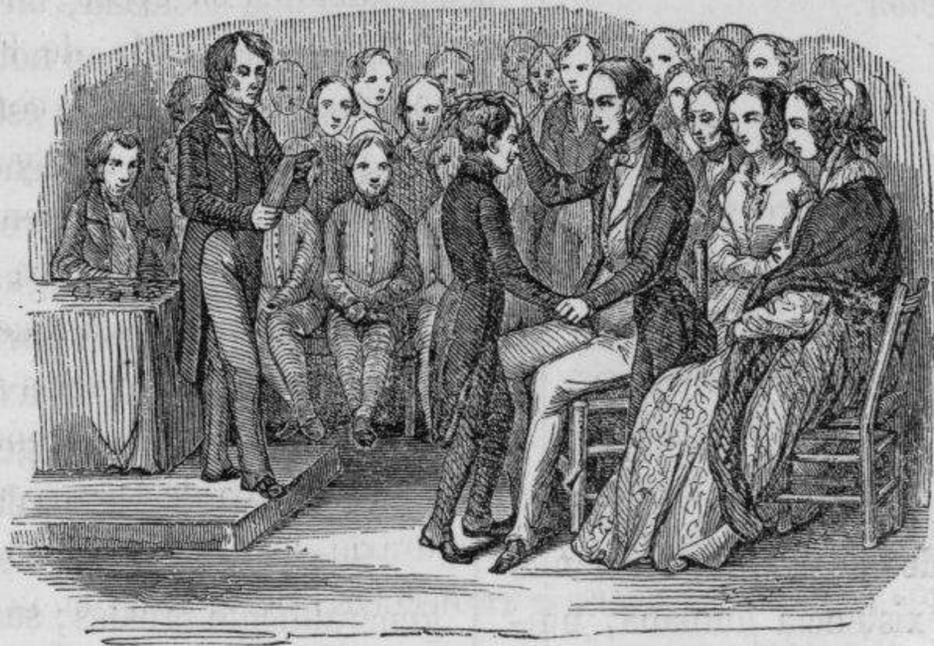
Cómo bajó la escalera del paraninfo? Reconoció á su padre al arrojarle en sus brazos? Hé aquí dos preguntas á que no le hubiera sido posible satisfacer: parecia, permítasenos esta comparacion, un sonámbulo despierto. ¡Ah! dichosos una y mil veces los jóvenes que alcan-

zan el primer premio! Este triunfo imprevisto, que ni la calumnia ni la envidia pueden empañar con su aliento, este triunfo que no cuesta una gota de sangre ni una lágrima, es único en la vida. Por gloriosa que pueda haber sido su larga carrera, á él, á ese momen-

to de indefinible satisfaccion, y no á otro alguno, vuelve el anciano sus ojos al cerrarlos á la luz.

Eduardo de Ferrieres no podia darse cuenta de sus emociones. Y no solamente sus trabajos literarios, que en su humildad juzgaba débiles é insignificantes eran superiores á los de sus compañeros, sino á los presentados en los años precedentes: siete veces proclamaron su nombre; habia alcanzado siete premios en otras tantas asignaturas! El entusiasmo de la concurrencia rayaba en el delirio, y los rivales del jóven vencedor, sofocando ante su superioridad los impulsos de los celos, contribuian con sus bravos y sus palmadas á su triunfo.

Raoul, que habia alcanzado el último accé-



La corona de oro.

sit de los discursos en latin, arrastrado por su amistad con el hijo de su bienhechor y el ejemplo general, aplaudia y gritaba hasta desgañarse; pero calmado su entusiasmo gradualmente en el momento en que la concurrencia no sabia cómo espresar su admiracion, levantó los hombros, que era su movimiento favorito, y exclamó: «Y qué beneficio puede reportar á Eduardo este triunfo? Le convidará á comer el ministro? Seria una mortificacion. Le esceptuarán de entrar en quinta? Como hijo único lo está. En resumidas cuentas, mucho ruido y pocas nueces. Yo, por mi parte, preferiria á tantos y tan desmedidos elogios, plácemes y honores, las satisfacciones y los placeres que proporciona á Longpré su fortuna. El dinero es la felicidad.» (*Traduccion.*)

(*Se continuará*)

E. HERNANDEZ.

EL ANCIANO Y EL NIÑO.

I.

De cuantos invisibles eslabones, que enlazando las distintas edades de la vida, forman la dilatada cadena de la existencia humana, ninguno encierra mayor encanto, mayor dulzura, que el que llega á unir el fin con el principio, el ocaso con la aurora, la ancianidad con la infancia.

Es el tallo que sostiene dos flores gemelas: es el broche que une dos perlas iguales realzadas por distinto engaste.

Entre el anciano que al dejar el impetuoso torbellino del mundo le vuelve la espalda, y el niño, que corriendo hácia él ha de tardar aun en alcanzarle, no media un paso de distancia. El primero se vuelve á contemplarle, y apenas su fatigada vista le distingue: el segundo se empina para verle, sin poder descifrar los confusos objetos que á su vista se presentan.

Contemplad esa rosada frente coronada de nevada espuma, esa ingénuo sonrisa, esa espresion de bondad, ese continente respetuoso y

digno, y os sentireis encadenado al anciano por misteriosa simpatía. Volved la vista y fijadla en esa risueña fisonomía circundada de cabellos de oro; admirad esa sonrisa infantil, esa espresion candorosa, ese aire angelical, y comprendereis que hácia ese niño os arrastra tambien una irresistible atraccion.

Tended luego la vista á esa sociedad que á todo se atreve y todo lo profana, y observad cómo su hálito venenoso no llega á empañar la pureza de esos dos séres, que pasan entre el cielo sin manchar la blancura de sus alas, impulsadas por el viento de la virtud.

El niño y el anciano inspiran iguales sentimientos: ostentan las mismas cualidades: se entienden en un idioma desconocido: forman entre sí una sociedad, un mundo aparte.

El vulgo, que con notable sencillez ha sabido espresar los mas estraños secretos de la naturaleza: comprendiendo las condiciones semejantes de esos dos séres, y que los dos hablaban á su alma de igual manera, dijo: *los viejos y los niños son parecidos*; y este pensamiento, en calidad de axioma, se perpetúa y pasa de generacion en generacion, como todo aquello que tiene la verdad por base.

Son parecidos en efecto: sus gustos son generalmente iguales; sus penas son pasajeras; sus ocupaciones semejantes; sus sentimientos en igual grado bellos.

¡Hé ahí su verdadero parecido! El niño inocente, que no ha pisado aun el lodazal del mundo, nos impresiona por su pureza: el anciano, regenerado por el sufrimiento, va desatando su alma de los vulgares lazos que la ligaban á la tierra, y se va purificando á medida que se acerca á Dios.

Por eso al pasar un niño le bendecimos; por eso al pasar un anciano le respetamos.— El primero le envia Dios; el segundo nos muestra el medio de acercarnos á Él: por eso humillamos nuestra frente y respetamos su virtud.

II.

Penetrad en cualquier estancia, donde se hallen un anciano y un niño, y en breve vereis

que sustrayéndose de la atención general, acaban por acercarse, por reunirse, por entenderse.

Observad en un paseo cualquier familia que posea el don inapreciable de contar en su seno los dos extremos de la vida humana: el abuelo y el nieto. Vereis al primero inquieto, azorado por los peligros que el niño puede arrostrar si se separa de su lado, y al segundo correr en auxilio de su abuelito al verle tropezar, ó al tener que atravesar un arroyo, ofreciéndole con encantador interés su débil mano.

Para el niño recuerda el anciano todos los bellos episodios de su vida, y al referírselos y formar con esos interesantes relatos su corazón, el suyo propio recibe nueva vida. Por el anciano suspende el niño sus juegos, sus cuentos inverosímiles le entretienen horas y horas, y sus caricias enjugan con frecuencia sus lágrimas.

Para su nieto destina todas las mañanas el anciano su primer beso; para su abuelo reserva el niño todas las noches el último de los suyos. Un misterioso magnetismo enlaza sus almas, y al verlos unidos en gustos y pesares, dudaríais si el niño es el anciano, si el anciano es el niño.

Éste llora sobre el seno de su abuelo la comprensión paternal, y el anciano encuentra en las caricias del niño consuelo para las decepciones de la vida.

Solo el niño logra hacer asomar la sonrisa á los trémulos labios del anciano: solo éste sabe hacer que brille en el rostro del niño una expresión melancólica. Son las dos edades que, distantes en la apariencia, están mas íntimamente unidas: así lo sienten los poetas, así lo

espresó Alberto Durero en su bella alegoría, así lo reconocen cuantos observan los sentimientos de esos dos seres tan ricos de amor, tan iguales de afectos.

¡Dulce misterio que nos fascina y que nuestra pobre inteligencia no penetra; en él se siente escondida la mano de Dios!

III.

¿No habeis derramado nunca en momentos de dolor lágrimas amargas en el seno de un

padre, de un abuelo, de un anciano, en fin, que al comparar con vuestra desgracia las infinitas de su azorosa vida, os consolaba, haciéndoos reconocer vuestro poco valor?

¿No habeis llorado nunca en presencia de un niño, cuyos ojos, llenándose de lágrimas al par de los vuestros, os obligaron á enjugarlos por no ha-

cer correr su inocente llanto?

¡Dichosos vosotros si encontrasteis á vuestro lado uno de estos seres para consuelo de vuestro pesar! ¡Benditos mil veces ellos, que con su virtud derraman un bálsamo bienhechor en los dolores de sus semejantes!

¡Bien haya el anciano, cuya larga experiencia se emplea en prevenir peligros, en corregir males, en cicatrizar heridas! ¡Bien haya el niño cuya alma candorosa logra consolar al triste y derramar en torno de sí la alegría!

¡Honor y respeto al anciano que sabe llenar su misión santa sobre la tierra: bendición y amor al niño, á quien Dios concede sensibilidad para llenar la suya. Cuando les falta virtud para cumplirla, compadecedlos: no merecen el hermoso nombre de niños; no tienen de-



El anciano y el niño.

recho al dignísimo nombre de ancianos.

Ambos saben enjugar las lágrimas del dolor: por eso los vemos con frecuencia unidos.

Quizá el anciano nos lega el niño heredero de su virtud, para que en su lugar nos consuele. Quizá éste anticipa su venida para que en la tumba del anciano no falten lágrimas inocentes.

¡Bendito el anciano que nos enseña á merecer, para merecer perdón! ¡Bendito el niño que al enjugar las lágrimas que derramamos por un padre, nos advierte que él al llorar al suyo, las verterá por nosotros.

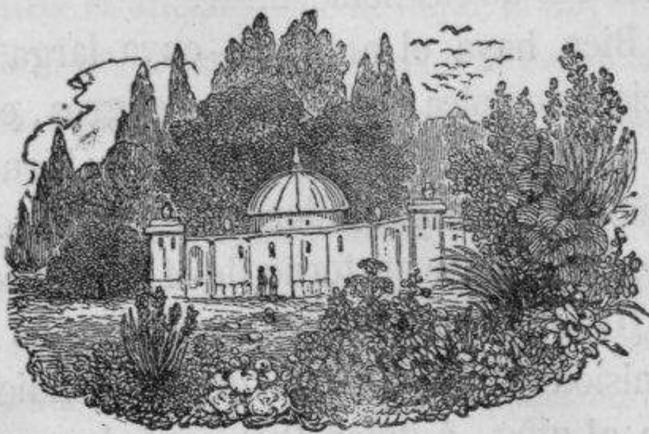
¡Bien haya el misterioso eslabon que encadena esas dos existencias! El es el tallo que sostiene dos flores gemelas: es el broche que une dos perlas iguales, realizadas por distinto engaste.

Son los dos únicos seres que en el mundo viven escudados con su virtud, y los dos únicos á quienes nuestra gastada sociedad respeta.

El niño le envia Dios: el anciano nos muestra el medio de acercarnos á Él.

Por eso al pasar un niño le bendecimos, por eso al pasar un anciano le respetamos, y al dejarnos llevar de nuestro corazón, al amar y respetar esos dos seres que pasan como signos de bendición sobre la tierra, acatamos los incomprensibles designios del Todopoderoso, que nos enseñó en el Redentor á respetar á los ancianos, á amar á los niños.

JOAQUINA GARCIA BALMASEDA.



GALERÍA DE HOMBRES CÉLEBRES.

TÁCITO.

De Cornelio Tácito, célebre historiador latino, solo se sabe que nació en el último tercio del reinado de Claudio, ó en el primero de Neron, y que éste, Vespasiano y Tito le dispensaron entrañable afecto y confianza, y le colmaron de honores y dignidades.

Conocida y apreciada de todos es la pureza y enérgica concision de su estilo; desgraciadamente muchas de sus obras no han llegado hasta nosotros; de las que le han sobrevivido merecen citarse: *El cuadro de las costumbres germanas*, *La historia de Agricola*, su suegro, algunos fragmentos de la *Historia de los Emperadores*, y finalmente *Los Anales*, que abrazan la historia de Tiberio, Calígula, Neron y parte de la de Claudio, pero de las cuales solo se conservan la de Tiberio, Neron y Claudio. La del primero es su obra maestra: para escribir la historia del reinado de Claudio, hombre artificioso é hipócrita, dice uno de sus traductores, se necesitaba una pluma y un talento como el de Tácito: otro que él no hubiera podido distinguir la verdad de la mentira, ni por consiguiente determinar las causas de los acontecimientos.

El amor á la verdad es el mérito de Tácito: pudo decir lo que no fuera, pero ciertamente nunca dijo lo que no sintiese ó creyera, aun á despecho de sus opiniones y de sus intereses.

HISTORIA NATURAL.

LA PERDIZ.

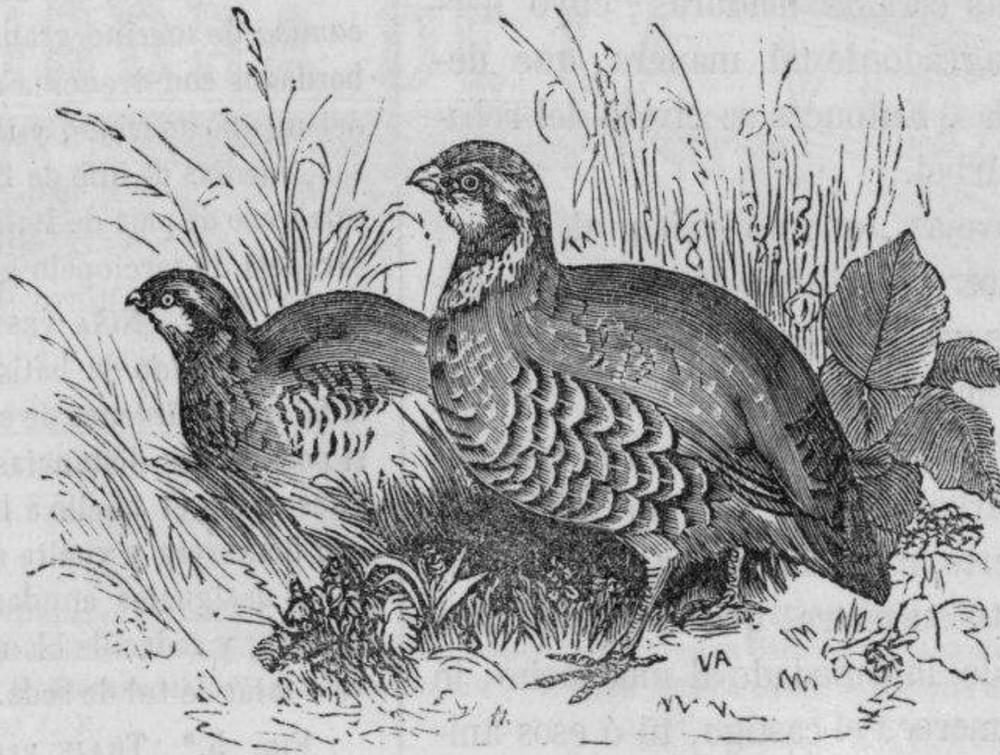
Bien conocida es esta pequeña ave tan buscada en la caza y en la mesa; aunque pertenece al órden de las gallináceas, del que la mayor parte de las especies son domésticas y pueblan nuestros corrales, la perdiz es siempre

silvestre, y solo las grises son sociables. Como todas las aves de su especie tiene el pico corto y algo aguileño en su parte superior; los orificios de las narices abiertos en un ancho espacio membranoso, que se halla en la base del pico, y cubierto por una escama membranosa: su aire es pesado, las alas cortas y el vuelo difícil. Sus piés son encarnados lo mismo que el pico. La sencillez de su laringe inferior explica la causa de lo desapacible de su voz.

Este animal es granívoro, tiene el buche bastante capaz y muy robusta la molleja. Hace sin artificio un nido, que consiste por lo comun

se las ve á la caída de la tarde, y solo se refugian en los matorrales cuando las persigue el cazador ó un ave de rapiña. El tiempo de la cria comienza para ellas al anunciarse la primavera, y entonces se disuelven las compañías y se forman las parejas. En Mayo efectúan la puesta en sus groseros nidos de paja ó yerba seca, que hacen en los prados ó en campos de trigo. Cada hembra pone diez y ocho huevos de un gris verduzco, y cuida sola de la incubacion, cayéndosele mientras lo verifica las plumas del vientre.

Los perdigoncitos corren desde el instante



Perdices.

en un monton de paja. A pesar del poco cuidado que pone en la construccion de la cuna de su familia, esta negligencia en nada perjudica á su prosperidad, puesto que apenas acaba de romper el cascaron, el polluelo se halla en disposicion de echar á correr; de modo que un nido hecho con todo el arte y primor que emplean otras aves, le seria enteramente inútil. La madre por lo demás pone la mayor asiduidad en la iucubacion, y vela por sus hijuelos con grande solicitud.

Las perdices grises son sociables, como hemos dicho ya, y viven en familia, sin alejarse mucho del sitio donde han nacido: gústales el pais llano y los campos sembrados de trigo, en particular si están situados en colinas, donde

en que salen del cascaron, y entonces el macho toma parte en el cuidado de criarlos, haciendo en union con la hembra, provision de su alimento favorito, que consiste en un principio en crisálidas y hormigas: luego les dan á comer sustancias vegetales, y en particular granos de trigo, que desentierran con grande destreza, aun cuando el suelo se halle cubierto de nieve.

Mientras los perdigoncitos son todavía pequeños, cuesta mucho trabajo, tanto al macho como á la hembra, dejarlos solos cuando se acerca algun enemigo; pero si el peligro es inminente, el macho sale el primero, dando un grito particular y volando lentamente como herido del ala; despues huye la hembra y se aleja

mucho, aunque en dirección opuesta siempre á la en que partió el macho. Trascorrido algun tiempo vuelve, sin embargo, corriendo por el suelo entre los surcos hasta llegar adonde dejó sus hijos acurrucados entre la yerba: si aun no ha pasado el peligro, los reúne y huye con ellos. El grito de alerta de estas aves es áspero.

B.

EL PASTOR.

Un muchacho cuidaba de algunas ovejas que estaban en un prado junto á un huerto. Miró á lo alto y vió un cerezo, del que notó pendían algunas cerezas maduras, cuyo hermoso color le agradó de tal manera, que determinó cogerlas. Entonces se olvidó del rebaño y trepó al árbol.

Pero las ovejas, que no veían al pastor, echaron á correr y entraron en el huerto, comiendo cuantas yerbas y flores quisieron, y pisoteando las demás.

Cuando el muchacho vió esto lo sintió mucho, saltó del árbol al suelo, corrió y sacó las ovejas del huerto regañándolas y pegándolas.

Vino en esto su padre, que lo había visto todo, y mirando incomodado al muchacho, le dijo:—¿Quién merece el castigo, tú ó esos animales que no saben lo que hacen? ¿No has hecho tú lo mismo que las ovejas que quieres castigar? ¿No las estás dando ahora un castigo injusto con olvido de tu razón y de tu propio pecado?

Avergonzado el muchacho pidió entonces perdón á su padre.

B.

ESPLICACION del FIGURIN DE MODAS DE VERANO PARA NIÑOS, que se reparte de REGALO á los suscritores por un año á la edicion de 60 rs.

FIG. 1.^a TRAJE PARA NIÑA DE CINCO A SEIS AÑOS.—*Vestido* de poplin escocés con escote cuadrado y camiseta alta. *Levita*, holgada de talle, de paño ligero ó lana dulce gris, guarnecida alrededor y en todas las costuras de un biés de poplin azul: las que unen el costadillo á la espalda forman un pliegue muy

profundo que aumenta la amplitud del bajo, á lo que contribuye la costura de en medio, abierta como la de una levita de hombre. Botones en las costuras de la espalda marcan el talle y completan este traje. *Sombrero* húngaro blanco con biés azul y pluma blanca rizada. *Pantalon* corto, con entredos, y botas de satén azul.

FIG. 2.^a TRAJE PARA NIÑO RECIEN NACIDO.—*Justillo* con vueltas al estilo de Bretaña, formado por cuadros bordados á plumetis y cortados por entredoses de *Valenciennes*. Manga hueca igual al justillo y falda, con ancho delantal formado por bandas del mismo tablero y bullones de tela de la falda. Acompaña á ella una gorra redonda con entredoses de *Valenciennes* y un rizado al rostro con flores margaritas.

FIG. 3.^a TRAJE PARA NIÑO DE CINCO Á SEIS AÑOS.—Traje de *marinero* con falda de merino blanco y tiras de merino grana, con un terciopelo al borde superior; *camisa* de merino grana con cuello y puños vueltos, bordados con trencilla negra, y cinturón con caídas del mismo merino, y también bordado. *Botitas* grises, medias de hilo de Escocia, *pantalon* con jareta y *sombrero* de paja de Italia con plumas blancas, y *escarapela* de terciopelo grana.

FIG. 4.^a NIÑA VESTIDA PARA LA PRIMERA COMUNION.—*Vestido* de batista de Escocia, adornada toda la falda por órdenes de seis jaretitas, separados entre sí por iguales distancias: cuerpo alto suizo, con pliegues desde el cuello á la cintura, y manga cerrada con hombrera y vuelta de plieguecitos. Cinturón con cabos desiguales anudados en el talle y á mitad de la falda, y *redecilla* blanca de cintas de tafetan, con velo talar de tul de seda.

FIG. 5.^a TRAJE PARA NIÑA DE CUATRO AÑOS.—*Vestido* de poplin azul con falda lisa y cuerpo escotado, con pliegues en el pecho y en la espalda: una tira de felpa rizada blanca guarnece el escote, otra sujeta los pliegues á la mitad, y otras marcan los bolsillos y terminan la manga corta, que figura un farol; *camiseta* alta, *pantalon* con guipure y botas marrón.

FIG. 6.^a PARA NIÑO DE OCHO AÑOS.—*Traje* zuavo de piqué color de maíz, adornados alrededor la chaqueta, la manga y el calzon en la costura por una tira de piqué blanco, sobre la que van bordados arabescos con trencilla ó cordón de estambre negro. *Chaleco* blanco y *gorra* de paja de Italia con pluma negra.

Por lo no firmado: el Director y Editor propietario, P. J. de la Peña.

Editor responsable: D. Leon Moran.

MADRID: 1861.

IMP. DE M. CAMPO-REDONDO, HUERTAS, 42.